

cerrado ya la noche macilenta de las alturas, la noche pálida, la noche lívida, débilmente alumbrada por un cuarto de luna casi á punto de ocultarse detrás de las cumbres.

Luego, el mozo entraba descorazonado, sentándose para calentarse los pies y las manos, mientras imaginaba y temía todos los accidentes posibles.

Gaspar Hari, pudo caer y romperse una pierna; pudo precipitarse por un despeñadero; pudo resbalar y torcerse un tobillo. Y estaría sobre la nieve, agarrotado, entumecido, triste, angustioso, tal vez pidiendo ayuda, gritando con toda la fuerza de sus pulmones, en el silencio de la noche.

Pero, ¿hacia qué parte? La montaña es tan extensa, tan confusa, tan escarpada, tan peligrosa en aquellos contornos, y sobre todo en aquel tiempo, que no hubieran bastado veinte guías, trabajando afanosos durante una semana, para encontrar á un hombre perdido en aquel desierto intrincado.

Apesar de todo, Ulrico se decidió á salir con el perro en busca de Gaspar, si al amanecer no volvía.

Entretúvose haciendo los preparativos.

Puso en un saco provisiones de boca para dos días, cogió los garfios de acero, arrolló á su cintura una cuerda larga, delgada y resistente, afiló el rejo de su largo bastón y el hacha que le servía para



labrar escalones en el hielo. Cuando lo tuvo todo prevenido, aguardó impaciente. Un leño ardía en la chimenea, y el perrazo montañés roncaba tranquilo junto á la lumbre. Golpeaba el reloj, como late un corazón inquieto, resonando sus latidos en la caja de madera.

Aguardaba impaciente, atento, con la esperanza de percibir lejanos ruidos, estremeciéndose cada vez que una ráfaga de viento hacía crujir la puerta.

Al oír las doce, tembló. Y sintiéndose acobardado, frío, puso á calentar agua para tomarse una taza de café hirviendo, antes de ponerse en camino.

Cuando sonó la una, irguióse, despertó al perro, y abriendo la puerta, encaminóse hacia Wildstrubel. Durante algunas horas trepó, valiéndose con frecuencia de los garfios, escalando las rocas, cortando con el hacha el duro hielo, avanzando siempre, valiéndose de la cuerda para subir al perro á lugares muy escarpados. Eran las seis, próximamente, cuando llegó á una de las cumbres donde Gaspar solía ir á caza de rebecos.

Y esperó á que amaneciera.

El cielo se aclaraba. De pronto, un fulgor extraño, que parecía brotar de la nieve misma, iluminó aquel océano vastísimo de pálidas cumbres, difundiéndose por todo el espacio. Poco á poco los pi-

cos más elevados y distantes ofrecieron una coloración sonrosada, carnosa; y el sol, enrojecido, asomó al fin sobre los gigantescos Alpes Bearneses.

El mozo dió principio á sus exploraciones. Avanzaba como un cazador, encorvado, atento, vigilante, con afán de advertir una huella, diciéndole al perro: «¡Sam! ¡Busca!, ¡busca!»

Bajaba, deslizándose por la vertiente de la montaña, registrando con escudriñadores ojos los despeñaderos. De vez en cuando lanzaba un grito prolongado, que se perdía en la inmensidad silenciosa; luego, aplicaba el oído sobre la nieve para escuchar. Creía oír una voz y corría, gritando nuevamente; y al convencerse del engaño sufrido, sentábase fatigado y desalentado. Al medio día comió y dióle de comer á Sam, que también estaba rendido.

Luego, reanudó sus exploraciones.

Había recorrido cincuenta kilómetros, y aún caminaba, cuando se hizo de noche. Hallándose á mucha distancia de su vivienda, y muy fatigado para emprender, á obscuras, aquella jornada, refugióse con Sam en una cueva que abrió en la nieve, y allí durmieron el mozo y el perro montañés, abrigados en la manta, dándose calor el uno al otro, resistiéndose al frío que les iba penetrando hasta la medula.

Ulrico estaba obsesionado por imaginaciones dolorosas, y el dolor sacudía también sus miembros helados.

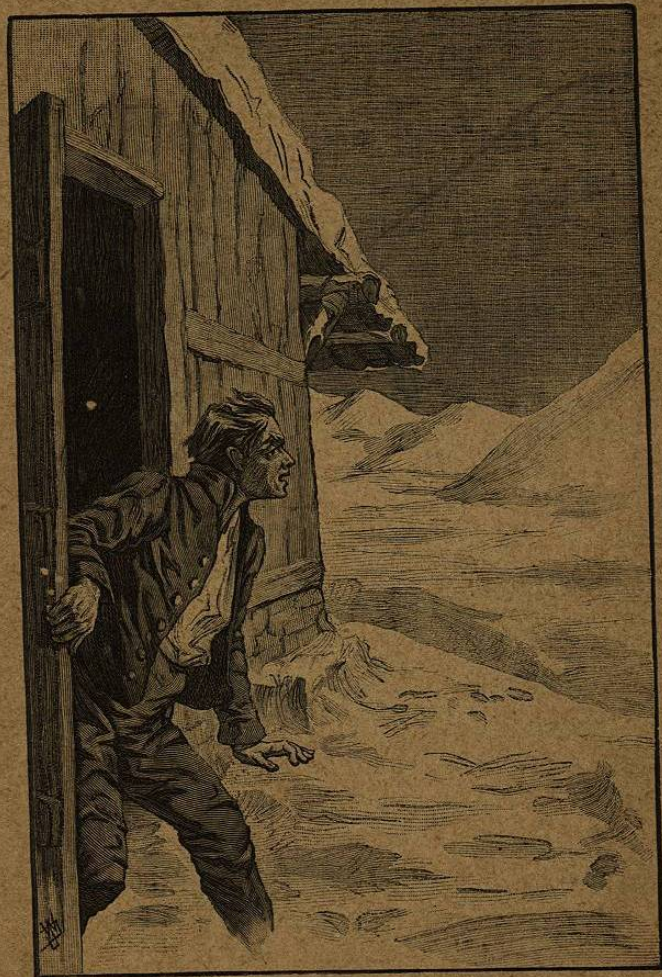
Era próximo al amanecer cuando se levantó; sus piernas entumecidas, con dificultad le sostuvieron, su espíritu desolado se llenaba de angustia, su corazón palpitante golpeaba violento, cada vez que suponía oír algún ruido.

Imaginósele de pronto que moriría también de frío en aquella soledad, y estremecido por semejante idea, espoleando sus desfallecientes energías, recobró su vigor.

Dirigíase hacia la hospedería, resbalando, cayendo, levantándose, y Sam le seguía muy rezagado, cojeando.

Hasta las cuatro de la tarde no llegaron á Schwarrenbach. La vivienda estaba silenciosa y helada. El mozo encendió lumbre, comió y quedóse profundamente dormido, sin preocupación alguna.

Durmió así muchas horas, muchas horas, con un sueño invencible. Pero de pronto, una voz, un grito, un nombre —«¡Ulrico!»— le sacó de su anonadamiento. Levantóse al instante. ¿Fué soñado? No; no fué soñado. Resonaba todavía; penetrando en sus oídos aquel nombre clamoroso y vibrante, aún estremecía sus nervios.



Le habían llamado sin duda — «¡Ulrico!» — Su nombre resonó cerca de la casa. No era posible dudarle. Abrió la puerta y aulló:

— ¿Eres tú, Gaspar?

Hacía viento; un viento glacial, de los que hacen crujir las piedras, apagando todo aliento de vida en las alturas desiertas. Hacía viento; sus ráfagas eran más desoladoras y mortíferas que los huracanes abrasadores del desierto.

Ulrico insistía:

— ¡Gaspar! ¡Gaspar! ¡Gaspar!

Y nadie contestaba. El silencio, el silencio de la nieve absorbía sus voces, y el espanto se apoderaba de su espíritu. Metióse de un brinco en la hospedería, empujó la puerta y corrió los cerrojos; luego desplomóse temblando sobre una silla, seguro de que acababa de llamarle su compañero, con el último clamor de su agonía

Estaba tan seguro de aquello, como lo estaba de vivir y comer pan. Era indudable para el mozo que Gaspar Harí agonizó durante dos días y tres noches en alguna sima, en algún barranco revestido por la nieve inmaculada, cuya blancura es más terrible que la tenebrosa lobreguez de un subterráneo. Agonizó durante dos días y tres noches, y acababa de morir pensando en su compañero. Su

alma, ya libre, volvió hacia la hospedería donde reposaba el mozo, llamándole con el fantástico poder que tienen las almas de los muertos para visitar á los vivos. Había clamado la pobre alma sin voz, despidiéndose, renegando tal vez de la otra pobre alma dormida. Su grito fué un adiós ó un reproche contra el mozo que no supo encontrar al viejo, que tal vez no le buscó bastante.

Y Ulrico sintió que allí permanecía la pobre alma clamorosa, junto á la puerta cerrada con cerrojos, rondando, como un ave nocturna cuyos revoloteos hacen estremecer los cristales claros.

Hubiera huído, pero no se atrevió á moverse: casi aullaba de horror. El fantasma rondaría la vivienda constantemente, hasta que recibiera cristiana sepultura el cadáver del viejo.

Viendo salir el sol, tranquilizóse algo el mozo. Dispuso la comida para él y para el perro; después quedóse inmóvil, sentado, con el corazón dolorido, imaginándose á Gaspar echado sobre la nieve

Al anoecer le sobrecogieron los mismos temores, las mismas zozobras de la noche anterior. Andaba recorriendo sin cesar la vivienda triste, á la luz de un candil, atento, vigilante, aguardando que se reprodujera el angustioso grito en la silenciosa lobreguez nocturna. Sentíase tan solo, tan desvalido

como ningún hombre debió estarlo jamás. ¡Tan solo, en aquel inmenso desierto de nieve! ¡Solo! á dos mil metros de altura sobre los hogares humanos, ¡tan lejos de la vida palpitante, bulliciosa! ¡Tan solo en las cumbres heladas! Un deseo invencible de huir le atenazaba. Huir á cualquier parte, de cualquier modo; bajar á Loèche precipitándose por el abismo... Pero no se atrevía ni á entreabrir la puerta, seguro de que la triste alma clamorosa le cerraría el paso para no quedar abandonada en aquellas regiones.

A media noche, fatigado, angustiado, miedoso, dejöse caer sobre una silla temiendo acostarse, temiendo la cama, donde suponía el descanso más propenso á las apariciones.

Y de pronto el clamor de la otra noche resonó en la estancia, tan agudo, que le hizo extender los brazos con violencia para rechazar lo invisible.

Cayó el mozo al suelo, despertöse al ruido el perrazo montañés, y comenzando á ladrar—como ladran los perros aterrados—recorría la vivienda olfateando un peligro. Al llegar á la puerta se detuvo gruñendo, erizándose.

Hunzi, completamente loco, habíase incorporado, y, amenazador, esgrimiendo como un arma su banqueta, gritaba:

—¡No entres! ¡no entres! ¡No entres, ó te mato! Sam, excitado por aquellas amenazas, aullaba furioso contra el enemigo invisible á quien se dirigía la voz de su dueño.

Al cabo, el perro se calmó. Echöse junto al hogar; pero estaba inquieto, con la cabeza erguida, con los ojos brillantes; y, gruñendo con frecuencia, mostraba los colmillos.

Ulrico, á su vez, recobró algo la serenidad, y para vencer los terrores que le acosaban, sacó una botella de aguardiente, bebiendo una tras otra, varias copitas. Aquello le rehizo;



pero se turbaron sus ideas, y un ardor febril le horrigueaba en la sangre.

Al otro día no comió apenas, limitándose á beber aguardiente. Vivió una semana, borracho. En cuanto recordaba la muerte de su compañero, bebía para olvidar, hasta caer al suelo, insensible, desmadedado, embrutecido.

Pero apenas disminuían los efectos del aguardiente, el clamor angustioso:—«¡Ulrico!»—le despertaba, como un balazo en la cabeza. Ergúfase, vacilante aún, haciendo equilibrios para no caerse, llamando á Sam en su ayuda. Y Sam, el perro, que parecía volverse loco también, como su amo, precipitábase hacia la puerta, mordiendo y arañando el postigo, mientras el mozo, echando atrás la cabeza, sorbía el aguardiente que le calmaba, desvaneciendo su terror, sus imaginaciones y su memoria.

En tres semanas consumió todo el alcohol de sus provisiones, y en cuanto no pudo acallar sus terrores con una borrachera continua, despertaron más furiosos y dominantes. La idea fija, exasperada, por la embriaguez embrutecedora, fué arraigando más y más en aquel doloroso aislamiento, y se le clavaba en el cerebro como una barrena. Recorría la estancia yendo y viniendo como un animal enjaulado,

acercándose á la puerta para oír *al otro*, y desafiándole á gritos.

En cuanto se quedaba dormido, cediendo á la fatiga, la voz clamorosa le despertaba, obligándole á ponerse de pie.

Una noche, al fin, logrando que su desesperación venciera su cobardía, precipitóse hacia la puerta y abrió, para encararse con el que le llamaba tan obstinadamente, para luchar con él y ahogarlo.

Al recibir en pleno rostro, como una bofetada, el aire frío, helósele hasta la medula, y volvió á correr los cerrojos, no advirtiendo que Sam, el perrazo montañés, había salido en aquel instante.

Luego, tiritando, atizó la lumbre, y sentóse para calentarse; pero un ruido le sobrecogió. Alguien arañaba la puerta, gimoteando.

El mozo gritaba enloquecido:

—¡Vete! ¡Vete!

Y le respondía un lamento prolongado y doloroso.

Entonces perdió el poco juicio que le quedaba. Repetía sin cesar:

— ¡Vete! ¡Vete!

Y girando sobre sí mismo, buscaba un rincón donde ocultarse.

Lloraba *el otro*, restregándose contra la puerta; y

Ulrico, acercándose al pesado aparador donde guardaba las provisiones, lo empujó con un esfuerzo sobrehumano, arrimándolo á la puerta, obstruyendo la entrada. Después amontonó allí todos los muebles, jergones, colchones, camas y sillas.

Pero el de afuera gemía sin cesar, lúgubrementey, no sabiendo qué hacer, el mozo se puso á contestarle con desgarradores gemidos.

Pasaron días y noches aullando el uno y el otro. El de afuera clavaba las uñas en el postigo, como si quisiese forzarlo; el de adentro, encorvado, vigilante, ansioso, aplicaba el oído al suelo para percibir los movimientos de su enemigo: y ambos respondían á sus clamores lastimosos con lastimosos clamores.

Al fin cesaron una noche los zarpazos y los aullidos que le desesperaban. El silencio rodeó la hospedería, y Ulrico, fatigado, se durmió profundamente.

Al despertar no conservaba ningún recuerdo, como si su cabeza se hubiese vaciado en aquel dormir abrumador.

Sintiendo hambre, se puso á comer.

.....

Llegaba la primavera y la garganta de la Gemmi

volvió á quedar transitable. La familia de Hauser dispuso ya el regreso á su hospedería.

La madre y la hija, cabalgando en su mula, iban recordando á los dos guardas—que tal vez saldrían pronto á su encuentro—extrañándose de que uno de los dos no hubiese bajado al pueblo algunos días antes, para darles cuenta de la invernada.

Desde lejos, observaron que la hospedería estaba cubierta de nieve. Vieron la ventana y la puerta cerradas; pero al viejo Hauser le tranquilizó el humo que salía de la chimenea.

Junto á la puerta, vieron el esqueleto de un animal, roído por las águilas.

Ocurriósele á la madre que sería el esqueleto de Sam. Llamaron:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Un grito de sorpresa respondióles; un grito agudo, semejante al aullar de una bestia.

El padre repitió:

—¡Eh! ¡Gaspar!

Dejóse oír otro grito, análogo al primero.

Entonces, el padre y los dos hijos trataron de abrir la puerta, forzándola. No lo consiguieron; apenas cedía.

Cogieron una viga en el establo, y manejándola como un ariete, á su impulso violento se desencajó



el postigo.

Un estrépito resonó dentro de la casa; y asomándose por encima del

aparador y de los otros mue-

bles derribados, vieron á un hombre de pie, con el cabello largo hasta los hombros, con la barba muy crecida, los ojos brillantes y el cuerpo andrajoso.

Al principio no le reconocieron, pero la muchacha exclamó:

— ¡Es Ulrico! ¡Es Ulrico, madre!

Y la madre convenciónse de que sí era Ulrico, aun cuando tenía el cabello blanco.

Los dejó acercarse y dejése tocar, sin responder á las preguntas que le hacían.

Fué necesario conducirlo á Loèche, donde los médicos certificaron su locura.

Nadie supo jamás la historia de su compañero.

Luisa estuvo enferma todo el verano; llegaron á suponer que se moría, y atribuyeron su enfermedad, su devoradora languidez, al frío de la montaña.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1966. 1925 MONTERREY, MEXICO